

atrae poco á poco á una civilizacion, mas suave de que no han tenido ejemplo en derredor de sí.

Levantámonos con el sol cuyos primeros rayos herian los templos de Balbek, y daban á aquellas misteriosas ruinas aquel brillo de eterna juventud que la naturaleza sabe dar á su arbitrio aun á lo que ha destruido el tiempo. Despues de un breve almuerzo fuimos á tocar con la mano lo que todavía no habiamos hecho mas que ver; acercámonos lentamente á la colina artificial para abarcar bien con la vista las diferentes masas de arquitectura que la componen;—pronto llegamos, por la parte del Norte bajo la sombra misma de las gigantescas paredes que, por aquel lado, rodean las ruinas;— un hermoso arroyo, derramado fuera de su cauce de granito, corria bajo nuestros piés, y formaba de trecho en trecho, laguitos de agua corriente y límpida que murmuraba y espumaba alrededor de las enormes piedras desprendidas de lo alto de las paredes, y de las esculturas sepultadas en el cauce del arroyo. Pasamos el torrente de Balbek á favor de aquellos puentes que el tiempo ha echado sobre él, y subimos por una angosta y escarpada brecha hasta la azotea que rodeaba aquellas tapias: á cada paso, á cada piedra que tocaban nuestras manos, que median nuestras miradas, la admiracion y el asombro nos arrancaban una esclamacion de sorpresa y maravilla. Cada uno de los morillos de aquella tapia

esterior tenia por lo menos de ocho á diez piés de longitud, sobre cinco ó seis de anchura é igual altura. Aquellos cantos, enormes para la mano del hombre, estriban sin argamasa, uno sobre otro, y casi todos llevan rastro de escultura de una época india ó egipcia. Se ve, á la primera ojeada, que aquellas piedras desmoronadas ó demolidas sirvieron primitivamente á un uso muy distinto del de formar tapias exteriores, y que eran los preciosos materiales de los monumentos primitivos, de que luego se ha hecho uso para cercar los monumentos de los tiempos griegos y romanos. Era uso comun, y aun creo que religioso, entre los antiguos, cuando un edificio sagrado era derribado por la guerra ó por el tiempo, ó querian las artes mas adelantadas renovrle perfeccionándole, servirse de las materiales para las construcciones accesorias de los monumentos restaurados, á fin sin duda de no dejar profanar, con usos vulgares, las piedras que habia tocado la sombra de los dioses, y tambien, tal vez, por respeto á los antepesados, y á fin de que el trabajo humano de las diferentes épocas no quedase sepultado bajo tierra, sino antes bien diese testimonio de la devocion de los hombres y de los progresos sucesivos del arte; lo mismo sucede en el Paternon, donde los mnros del Acrópolis, reedificados por Pericles, contienen los materiales lebrados del templo de Minerva. Varios viajeros modernos han sido inducidos á error,



por no reconocer este piadoso uso de los antiguos, y han tomado por construcciones bárbaras de los turcos ó de los cruzados, edificios contruidos de este modo desde la mas remota antigüedad.

Algunas de las piedras de la pared tenian veinte y treinta piés de longitud, sobre siete ú ocho de altura.

Cuando llegamos á la cima de la brecha no sabian nuestros ojos donde fijarse de preferencia; por do quiera veiamos puertas de mármol de una altura y de una longitud prodigiosas ventanas ó nichos rodeados de las mas admirables esculturas, arcos decorados con los mas primorosos ornatos; pedazos de cornisas, de entablamentos ó de capiteles tirados por los suelos, bóvedas artesonadas; todo en derredor nuestro era misterio, confusion, desórden, obras maestras del arte, despojos del tiempo, inexplicables maravillas; apenas habiamos hechado una mirada de admiracion á un lado, cuando una nueva maravilla nos atraia al oiro: cada interpretacion de la forma ó del sentido religioso de los monumentos quedaba destruida por otra. En aquel laberinto de congeturas nos perdiamos inútilmente; es imposible reconstruir con la mente los edificios sagrados de una época ó de un pueblo cuya religion y costumbres ne se conocen á fondo. El tiempo se lleva consigo sus secretos y deja sus enigmas á la ciencia humana, para bularse de ella y engañarla. Pronto renunciamos à labrar ningun sistema sobre

el conjunto de aquellas ruinas; resignámonos á mirar y admirar, sin comprender otra cosa mas que el poder colosal del genio del hombre, y la fuerza de la idea religiosa que habian podido remover tales moles y llevar á cabo tan grandes portentos.

Todavía nos separaban de la segunda escena de las ruinas algunas construcciones interiores que nos ocultaban la vista de los templos; segun todas las apariencias, no estábamos mas que en las habitaciones de los sacerdotes ó en el solar de algunas capillas particulares, consagradas á usos desconocidos. Atrabesamos aquellas construcciones monumentales, mucho mas rica que los muros exteriores, y nos hallamos delante de la segunda escena de las ruinas. Mucho mas ancha, mucho mas larga, mucho mas decorada que la primera de donde salimos, ofrecia a nuestras miradas una inmensa plataforma cuadrilonga; cuyo nivel interrumpian a menudo restos de piedras mas elevadas, que parecia que habian pertenido a templos totalmente destruidos, ó a templos sin techo en los que el sol, adorado en Balbek, podia ver su altar. En derredor de aquella plataforma se estiende una serie de capillas, decoradas con nichos, admirablemente labrados; de frisos, de cornisas, de artesones del mas acabado trabajo, pero del trabajo de una época ya corrompida de las artes; obsérvase en el el gusto recargado de ornatos, de las



épocas de decadencia de los griegos y de los romanos,—pero para sentir esta impresion, es preciso tener el ojo ejercitado ya por la contemplacion de los puros monumentos de Atenas ó de Roma; no siendo así, cualquiera quedaria fascinado por el esplendor de las formas y lo acabado de los adornos. El único vicio aquí es un exceso de riqueza; la piedra desaparece bajo su propio lujo, y los encajes de mármol circulan por todas partes sobre las paredes. Todavía ecsisten, casi intactas ocho ó diez de esas capillas que parece que siempre han ecsistido así, abiertas sobre el cuadrilongo que rodean y donde sin duda se celebraban de día los misterios del culto de Baal. No trataré de describir los mil objetos de asombro y admiracion que cada uno de aquellos templos, que una de aquellas piedras, ofrecen a la vista del espectador. No soy ni escultor ni arquitecto; ignoro hasta el nombre que toma la piedra en tal ó cual sitio, en tal ó cual forma: hablaria mal una lengua desconocida,—pero entiendo esa lengua universal en que habla lo bello a los ojos, aun del ignorante,—que lo misterioso y lo antiguo hablan a la mente y al alma del filósofo,—y jamas reñosó tan clara en mis oidos como en aquel caos de mármoles, de misterios que atestan aquel maravilloso patio.

Y sin embargo todavía era nada aquello en comparacion de lo que íbamos a descubrir.

Multiplicando con el pensamiento los restos de los templos de Júpiter Stator, en Roma, del Colisco, del Partenon, podria uno representarse aquella escena arquitectural; lo único verdaderamente pasmoso que habia aún era la prodigiosa aglomeracion de tantos monumentos, de tantas riquezas y de tanto trabajo en un solo recinto, en medio del desierto y sobre las ruinas de una ciudad casi desconocida:—arrancámonos lentamente de aquel espectáculo y anduvimos hácia el mediodia, donde se alzaba la cabeza de seis gigantescas columnas como un faro sobre aquel horizonte de ruinas; para llegar a ellas, tuvimos todavía que atravesar paredes exteriores, altos atrios, pedestales y cimientos de altares que por todas partes obstruian el espacio entre aquellas columnas y nosotros; al cabo llegamos á su pié. El silencio es el único language del hombre cuando lo que siente escéde la ordinaria medida de sus impresiones, y así permanecemos mudos contemplando aquellas seis columnas, midiendo con la vista su diámetro, su elevacion y la admirable escultura de sus arquitraves y de sus cornisas: tienen siete piés de diámetro y mas de setenta de altura; compónense solamente de dos ó tres pedazos, tan perfectamente unidos entre sí que apenas se pueden discernir las líneas de juntura; su materia es una piedra de un color amarillo ligeramente dorado, algo menos brillante que el mármol: el sol las heria entonces



por un solo lado, y nos sentamos un momento à su sombra: grandes pájaros, parecidos à àguilas, volaban asustados del ruido de nuestros pasos, encima de los capiteles donde tienen sus nidos, y volviendo à posarse sobre los acantos de las cornisas, los golpeaban con el pico y batian las alas como animados adornos de aquellos restos maravillosos. — Aquellas columnas, que algunos viajeros han tomado por los restos de un ingreso de ciento cuatro pies de largo y de cincuenta y seis de ancho que conducia antiguamente à un templo, me parecen evidentemente haber sido la decoracion exterior del mismo templo. Ecsaminando mas atentamente el templo mas pequeño que ecsiste entero al lado, se reconoce que fué construido con arreglo al mismo plan. Lo que me parece probable, es que despues de la ruina del primero de resultas de un terremoto, se construyó el segundo sobre el mismo modelo, y hasta que se empleó en su construccion una parte de los materiales conservados del primer templo: que únicamente se disminuyeron sus proporciones, demasiado gigantescas para una época de decadencia; que se mudaron las columnas que se rompieron al desmoronarse; que dejaron subsistir las que no habian padecido detrimento, como un sagrado recuerdo del antiguo edificio; si así no fuera, quedarian otros restos de grandes columnas alrededor de las seis que subsisten en pie. Todo indica por el contrario que el area que las rodea estaba vacía y

escombrada desde los tiempos mas remotos, y que un rico atrio servia para las ceremonias de un culto en derredor de ellas.

En frente teniamos, por el lado de medio dia, otro templo, colocado en la orilla de la plataforma, à cosa de cuarenta pasos de nosotros, que es el monumento mas completo y magníficos de Balbek, y aun me atreveré à decir, del mundo entero; si se levantaran una ó dos columnas del perístilo que han rodado sobre las laderas de la plataforma y que todavía están con la cabeza apoyada en las paredes intactas del templo; si se repusieran en su sitio algunos de los enormes artesonos que han caido del techo al vestíbulo; si se restaurase la puerta interior, à la que faltan dos ò tres pedazos esculpidos y volviese el altar à su forma y à su sitio, se podria restablecer à los dioces en él y llamar à los sacerdotes y al pueblo; todos ellos reconoceran su templo, tan completo, tan intacto, tan brillante como el dia en que salió de manos del arquitecto. Este templo tiene proporciones inferiores al que recuerdan las seis columnas colosales; le rodea un pórtico sostenido por columnas de órden corintio, cada una de las cuales tiene sobre cinco piés de diámetro y cuarenta y cinco de altura, contando solo la caña; las columnas se componen cada una de tres pedazos puestos unos sobre otro; están à nueve piés una de otra y à la misma distancia de la pared interior del templo; sobre los capiteles de



las columnas se estienden un rico alquitrave y una cornisa admirablemente esculpida.

Forman el techo de este peristilo anchos pedazos de piedra cóncava labrados a cincel, formando artesones, cada uno de los cuales representa la figura de un Dios, de una diosa ó de un héroe; entre aquellas figuras reconocimos un Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter: algunos de aquellos pedazos de piedra han caído al suelo al pie de las columnas; los medimos y vimos que tienen diez y seis pies de longitud y sobre cinco de grueso! Tales son las tejas de aquellos monumentos. La puerta interior del templo, formada de pedazos igualmente enormes, tiene veintidos pies de anchura; no pudimos medir la altura porque en aquel sitio se han desmoronado otras piedras que casi la cubren. El aspecto de las piedras labradas que componen las caras de aquella puerta, y su desproporción con los restos del edificio, me hacen presumir que es la puerta del gran templo destruido que se ha incluido en este; las misteriosas esculturas que la decoran, son, en mi concepto, de una época muy distante de la época Antonina y de un trabajo infinitamente menos puro; un águila, que lleva un caduceo en sus garras, estiende sus alas sobre la abertura; de su pico salen festones de cintas ó de cadenas sostenidos en su estremidad por dos famas. El interior del monumento está decorado con pilares y nichos de la mas rica y re-

cargada escultura: nos llevamos algunos fragmentos de aquellas esculturas que andaban esparcidos por el atrio. Hay nichos perfectamente intactos y que parece que acaban de salir del taller del escultor. No lejos de la entrada del templo, hallamos inmensas aberturas y escaleras subterráneas que nos condujeron á otras construcciones inferiores, cuyo uso no puede determinarse; todo en ellas es igualmente vasto y magnífico;—sin duda eran las viviendas de los pontífices, los colegios de los sacerdotes, las salas de las iniciaciones, y acaso también sitios reales; recibían la luz de arriba, ó por las laderas de la plataforma en las que remataban aquellas salas. Temiendo perdernos en aquellos laberintos, no visitamos mas que una pequeña parte de ellos, pero parece que se estienden por toda el area de aquel monte. El templo que acabo de describir está colocado en la estremidad sudoeste de la colina monumental de Balbek, y forma el ángulo mismo de la plataforma. Saliendo de aquel peristilo, nos hallamos en la orilla de precipicio, y pudimos medir las piedras ciclopeas que forman el pedestal de aquel grupo de monumentos; este pedestal tiene sobre treinta pies de altura sobre el nivel de la llanura de Balbek; está construido con piedras cuya dimension es á tal punto prodigiosa, que si no la atestiguasen viajeros fidedignos, nadie la creería; la imaginación de los mismos árabes, continuos testigos de aquellas